

maghenta
EDITORIAL

Madrid no vale
una misa

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.^a Edición.

© Nicolás J. Valero, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal Z-057/07
I.S.B.N.: 84-935490-0-2

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

Madrid no vale una misa

NICOLÁS J. VALERO

maghenta
EDITORIAL

*A Carmen, mi esposa.
Sencillamente, lo merece.
Mis hijos también.*

*Michael Davidson, tu amistad
me ayudó a terminar la obra.*

Advertencia al lector

En varias ocasiones del desarrollo de esta obra, el autor se ha inspirado libremente en sucesos reales o en personajes conocidos de amplio eco en producciones literarias sobre el tema.

Efectuada esta aclaración, es importante precisar que se trata de un trabajo novelado y que las situaciones descritas, así como las actuaciones de los personajes, principales o secundarios, son totalmetne imaginarias.

En cierto aspecto, este libro parece una narración de hechos históricos. El lector no debe consultarlo con rigor de autenticidad.

PRIMERA PARTE

Cuando la implantación de la República se recibió en el Ministerio de la Gobernación un telegrama del alcalde de un pueblo castellano que decía: «*Declarada República. ¿Qué hacemos con el cura?*»

Al soldado Julio Santaella ya le estaban jodiendo vivo aquellos dos escarabajos peloteros.

No sabía exactamente el tiempo transcurrido. Posiblemente, más de media hora que se encontraba sentado en el fondo de una de las trincheras, excavada en la Casa de Campo madrileña. Su uniforme estaba cubierto de tierra arenosa, que resbalaba por sus hombros al apoyarlos sobre las paredes de la zanja. Aquella no medía más de un metro sesenta centímetros de ancho, por uno setenta de alto. Los desplazamientos en su interior se hacían con el cuerpo encorvado para evitar que un balazo, procedente de las filas contrarias, reventara la cabeza del imprudente.

Transcurría el mes de agosto de 1937 y Santaella, absorto, contemplaba la lucha inútil de los dos insectos por transportar unas cápsulas vacías de la ametralladora.

Era como un juego.

Cada uno de los escarabajos hacía rodar, utilizando sus negras patas delanteras, un cartucho hacia destino desconocido. Admiraba sus esfuerzos y su instinto porque, si alguna pequeña piedra se interponía en el camino, trasladaban su empuje hacia uno u otro lado de la cápsula, hasta conseguir pasar el obstáculo. Cuando niño, a Julio Santaella, le habían dicho en la escuela de su pueblo que los escarabajos peloteros eran los animales más fuertes de la creación. Se lo comentó el primer maestro que tuvo, aquel don Tomás Vaquero, que en paz descansa. Era especialista en romper varas de fresno sobre las nalgas de los alumnos revoltosos, a los cuales hacía doblar el torso sobre sus rodillas:

—Te voy a demostrar que tranquilidad viene de tranca —decía al mismo tiempo que descargaba los golpes.

Pero... ¿de dónde sacarían alimento los escarabajos peloteros, entre aquel polvo reseco de la Casa de Campo madrileña?

Treinta minutos llevaban, por lo menos, en el estúpido menester de arrastrar las vainas de la *Hotchiss* y a veces, perdiendo el equilibrio, volcaban sus cuerpos panza arriba, agitando furiosamente las patas al aire hasta que conseguían volver a la posición normal. Tozudos e incansables.

Hacia su derecha, escuchó el sonido de unos rápidos pasos. Era el teniente Aguilar, quien corría agachado a lo largo del parapeto, gritando órdenes.

—Esto ya huele a suficiente mierda para que vosotros aún lo empeoréis con desperdicios... ¡Recoged las latas vacías y tiradlas fuera de las trincheras!

Al pasar a su lado, Julio cubrió, con su mano izquierda, los dos escarabajos para impedir que fueran pisados por las botas del oficial. No pudo evitar que aquél tropezara con el brazo del soldado. Perdió el equilibrio. Para mantenerlo tuvo que poner una mano sobre la tierra arenosa, raspando su piel.

—¿Qué haces, gilipollas?

Julio se puso en pie de un salto, cuadrándose militarmente, al mismo tiempo que ajustaba su gorro en la cabeza.

—Lo siento, mi teniente. Ha sido...

Avergonzado del polvo que cubría el uniforme, dobló ligeramente su cuerpo para sacudirse la pechera y esto le salvó la vida. Un disparo retumbó en el horizonte y el gorro salió volando, estrellándose contra el muro opuesto de la trinchera.

La huesuda cara del teniente era cetrina, adornada por un fino bigotito negro. Segundos antes, roja de ira por el incidente, cambió de color al blanco, mientras sus labios temblaban imperceptiblemente. Julio, despavorido, había caído de rodillas y mirando entre las mismas, pudo ver a los dos escarabajos peloteros que seguían incansables con su tarea.

—Le quería decir...

—¡Muévete y limpia este escondrijo!

Sin esperar respuesta, el oficial se perdió a lo largo de la franja excavada entre los pinos. Lo último que vio Julio fue su culo, en cuya parte derecha brillaba una redonda mancha de aceite. Segundos después, volviendo a su postura anterior, alargó la mano para recoger el gorro retorcido y agujereado.

En las latas de sardinas no quedaba una gota de alimento. La lengua hambrienta de la tropa había actuado como piedra de esmeril y, visto lo visto, suponía un suicidio asomar el pelo unos centímetros más arriba de los sacos terreros.

Al soldado Julio Santaella le crujieron las tripas. Siguiendo un extraño impulso se puso en cuclillas y con el dedo índice empujó a los dos insectos metiéndolos en el interior de uno de los cartuchos vacío. Lo levantó lentamente con el agujero mirando al cielo. Luego, con el pulgar, taponó con rabia la entrada de aire cortando la respiración a los negros coriáceos. Se los imaginó revolcándose, agonizantes, por falta de oxígeno. Aquí, en el asalto a Madrid, si había que morir... moriríamos todos. ¡Ya le estaban jodiendo vivo aquellos dos escarabajos peloteros!

¡Qué estupidez estaba pensando! Arrepentido, levantó el dedo que cerraba la cápsula, mirando la roja señal que sus bordes habían hecho en la carne. La puso boca abajo. Los negros escarabajos botaron sobre el suelo revolcándose con torpeza.

En su rostro, curtido por la intemperie, chispearon sus ojos claros en alerta de un nuevo suceso. ¿Era música lo que se oía? ¡Ah... sí! Los altavoces de los rojos lanzaban al aire las notas musicales de aquella canción llamada *La cucaracha*... ¡Qué oportunos! ¡Vaya forma de hacer la guerra! El sonido llegaba a sus oídos estridente, metálico. Durante unos instantes movió los labios acompañando la letra de la melodía:

—La cucara-cha... la cucara-cha... ya no puede caminar...

A este lado del frente, los jefes habían prohibido entonar dicha canción porque la consideraban un himno revolucionario.

Fue entonces cuando empezó la ofensiva como el venir de una tormenta tropical que se desata de pronto, esparciendo esquirlas de metralla y rocas sobre los cuerpos humanos.

El ruido era ensordecedor y las maldiciones se confundían con el estampido de los morteros. Los soldados levantaban sus fusiles por encima de las barricadas, oprimiendo el gatillo, sin tan siquiera asomar la cabeza. Los republicanos atacaban con brío, intentando recuperar las posiciones que perdieron la última madrugada. Varios cañones rugieron al mismo tiempo,

destrozando con sus proyectiles las defensas, colocadas por encima de la cabeza de Julio Santaella. Éste giró sobre sí mismo varios metros, escupiendo la arena que había inundado su boca. Ahora ni tan siquiera notaba el calor. Al contrario. Un sudor frío le empapaba. Sintió a su lado un golpe sordo. Se trataba del cabo Merino quien, empuñando su fusil, disparaba con temeridad, asomando casi medio cuerpo fuera de la fosa.

—¡Os vais a enterar, hijos de puta! —le oía mascullar, cargando la recámara con inusitada rapidez.

El temor de morir agachado inundó el alma de Julio Santaella. Se levantó como pudo y acodándose al lado del cabo empezó a disparar apuntando al horizonte. Entre el humo y el polvo vio retorcerse una figura humana que se desplomó, a pocos metros de donde se encontraba, emitiendo un macabro ruido gutural. Una bala se coló por las grietas abiertas en la trinchera, incrustándose en el cuello del cabo Merino, cuyo cuerpo se enderezó, permaneciendo de pie unos instantes antes de caer al fondo del parapeto con la sangre manando por el orificio como una fuente.

Santaella se encontró acurrucado entre un cuerpo sin vida, con uniforme de cabo y las trincheras destrozadas por los cañones.

Vino el silencio con la misma velocidad que había sido roto.

«Por que le faltan... por que le faltan... las dos patitas de atrás...»

Los altavoces del enemigo seguían emitiendo impertérritos aquella canción inacabable. El uniforme del cabo parecía estar más vacío y con menos valor que los sacos destrozados que le rodeaban. Mirándolo bien, lo único aprovechable era la cantimplora que sobresalía por un bolsillo de la guerrera. Julio Santaella apoyó el fusil sobre el cadáver. Extrajo el recipiente y lo escondió entre los pliegues de sus ropas.

El teniente Aguilar estaba recorriendo las trincheras contando las bajas.

—¿Cuántas muertos ha habido en la patrulla del cabo Merino, soldado? Además de él, claro.

—He contado cinco, mi teniente.

—De acuerdo. A propósito, te has portado bien. He visto como partías a uno el estómago de un balazo.

—Sí, de un balazo, mi teniente.

—¡Además arriesgando el tipo!

—Sí, mi teniente... además arriesgando el tipo.

—Lo siento por el cabo Merino —dijo, mirando el cadáver sin un asomo de compasión en sus palabras—. Le llegó su hora. Busca que alguien te ayude a transportarlo hacia la fosa común y después vienes a verme. Quiero hablar contigo.

Cuando el oficial le dio la espalda, Julio observó que la gran mancha de aceite, sobre la posadera derecha, había aumentado de tamaño. Las propiedades de las grasas —pensó— a veces eran inexplicables.

El cadáver del cabo Merino fue cambiado de lugar por dos camilleros, quienes le arrastraron con prisas hacia un desmonte, aguas arriba de la trinchera.

Santaella metió su mano derecha bajo los pliegues del uniforme, a la altura del pecho, acariciando la cantimplora.

Habían transcurrido tres días desde la última ofensiva republicana. En el frente hay ahora un relativo descanso. De vez en cuando, una ráfaga de ametralladora corta el aire, pero los soldados no se inmutan. Casi resultaba agradable estar un poco de fiesta, sin hacer algo, acostumbrando la nariz a soportar el hedor de los cinco cadáveres que se encuentran alrededor del esqueleto calcinado de un carro blindado. Se están pudriendo a unos cien metros de distancia, entre los dos frentes y era imposible retirarlos del lugar porque ambas partes los mantienen bajo su fuego.

No todo va a ser malo. En España, durante las horas de las comidas no se combate. A lo sumo, se escuchaba la voz del gacetillero enemigo. Su sonido era metálico, como la música que radiaban.

—¡Escuchad, fascistas muertos de hambre! ¡Si queréis comer un plato decente, veníos aquí! ¿Os acordáis a qué sabe un cordero asado?

—¡Mentira, cabrones! —era la respuesta a voz en cuello— ¡Pasáis más hambre que nosotros!

Algunas veces, también llegaba del otro lado, el olor a carne o guiso caliente, martirizando los cinco sentidos. Lo jodido es que no se sabe, a ciencia cierta, si es verdad o mentira, lo que pregonaba aquel maldito altavoz. Si realmente los rojos tuvieran comida, Franco habría tenido grandes problemas con sus tropas.

A menudo, un pequeño avión *Mosca* sobrevuela las trincheras arrojando octavillas. En ellas invita a todo el ejército nacional para que acuda a almorzar a sus cuarteles.

«A LOS QUE SE PASEN A NUESTRAS FILAS
SE LES PROMETE UNA SUCULENTA COMIDA
Y CIEN PESETAS POR EL FUSIL.»

De la charla con el teniente, Julio Santaella sacó en limpio sus galones de cabo. Tenía veintitrés años y la Guerra Civil había interrumpido sus estudios de Derecho. Con cuatro años de licenciatura aprobados, su graduación natural al entrar en el ejército, habría sido la de oficial. El levantamiento cogió a Julio en la llamada zona nacional y no tuvo otra solución que alistarse en las filas del general Franco, negándose rotundamente a ostentar cualquier rango que no fuera el de soldado raso. En el fondo, no estaba ideológicamente de acuerdo con alguno de los bandos.

Pensó en huir a París, o hacia cualquier otro lugar donde se encontrara lejos de influencias castrenses, pero carecía de los fondos necesarios para hacerlo. Sus familiares y en primer lugar el tío Martín, quien le costeaba los estudios universitarios, se negaron rotundamente, aduciendo la obligación que tenía de cumplir con su deber como español y soldado. Martín había batallado en la Guerra de Cuba y era un hombre duro, de firmes ideas. No le quedó otro remedio que ingresar en el ejército, defendiendo tajantemente su idea de escoger la graduación militar que le viniera en gana. Soldado raso.

No quiso discutir con el teniente su ascenso a cabo, porque a fin de cuentas, tal cargo seguía perteneciendo a una categoría ínfima de tropa.

Julio bajó la mirada hacia su calzado: descolorido, sucio y cuarteado, el cuero de mala calidad con el cual estaban hechas las botas. En su camino encontró una de las muchas latas vacías que sembraban el terreno y, maquinalmente, le propinó un puntapié. La lata salió despedida como una bala rebotando por el suelo y dando saltos casi simétricos. Acto seguido, se agachó para recoger una de aquellas misivas lanzadas por los *Moscas*. La leyó absorto. Rezumaba mala leche, la notita.

—¡Ehhh! —oyó una voz, no muy lejana—. ¿Eres tú Julio Santaella?

El hombre efectuaba la pregunta avanzando a paso rápido hacia la posición donde se encontraba. Sostenía en su mano derecha un sobre cerrado.

—Sí —contestó Julio lacónicamente.

—No estabas abajo en el corro cuando repartí la correspondencia... —aclaró aquél que oficiaba de cartero.

—Me distraje. Nunca recibo nada.

—¡Hoy, sí! Aquí tienes una carta que parece ser de tu familia. Lo digo por los apellidos que ponen en el remite.

Julio sujetó el sobre entre los dedos pulgar e índice, mirando distraídamente la letra escrita con su nombre y dirección. Efectivamente, era de su madre. El papel tenía las esquinas arrugadas y alguna que otra mancha indescifrable, distribuida por su superficie. Parecían de aceite.

—¿Has comido tu chorizo, últimamente? —preguntó Julio con un deje de sorna.

—¿Yo? ¡Ojalá!

—Lo digo por las manchas.

—Serán de tu casa. ¡No te jode! Porque aquí en el frente... ya me dirás.

Dándose media vuelta, emprendió su tarea de reparto. Santaella fijó su mirada en el gran zurrón de cuero que portaba en bandolera, el cual se balanceaba rítmicamente a tenor de sus grandes zancadas.

—¡Oye! —alzó la voz preguntando—. ¿En esta guerra, es buen oficio ser cartero?

La voz del otro, sonó bronca. Sin volverse.

—¡Vete al carajo!

Santaella arrimó el fusil contra la pared de una gran roca, que se encontraba en la ladera de un pequeño montículo llamado Garabitas. El cañón del arma se deslizó sobre la piedra, cayendo al suelo. Julio, agachándose, lo volvió a colocar en la posición deseada con iguales resultados. Frunciendo los labios agarró el fusil con las dos manos y apoyando la culata contra la tierra lo hizo girar varias veces hasta abrir una pequeña hendidura. Después de comprobar que el arma descansaba en la postura que él quería, hizo resbalar su espalda sobre la dura pared. Una vez asentado sobre el suelo, inició unos ligeros movimientos semejantes al ritmo de samba, hasta ubicar a su antojo las posaderas. Luego abrió el sobre de la esquila. Su madre, al escribir, juntaba las palabras y estaba claro que le preocupaba más el sentido de las frases que su corrección gramatical. Cuando Julio se encontraba en la Facultad, recibía cartas con semejante hechura y él, en sus respuestas, intentaba hacer ver las incorrecciones. No había manera. La siguiente misiva era de igual estilo y forma:

«Querido hijo: Me alegraré que al recibo del presente te encuentres bien, como nosotros que estamos bien gracias a Dios. Bueno tu padre anda algo pachuco, pero es la edad, y a cumplir sesenta y cinco años y está viejo el pobre.»

Julio saltó las cuatro o cinco líneas que le hablaban de lo mucho que se acordaban de él familiares y amigos, más o menos lejanos. Su primo Julián, el cojo, el cual maldecía no poder empuñar un fusil contra los rojos por su impedimento físico. Benigno, su otro primo, que fingió volverse loco para no hacerlo...

Le empezó a picar la espalda por el sudor y sin soltar el papel se empezó a rascar, restregándose contra la piedra. Sopló un ligero viento que, en remolino, levantó unos puñados de tierra. Estos cayeron sobre la bocamanga del uniforme, ocultando el reluciente galón de cabo. Desvió los ojos hacia su brazo. No movió un músculo de su cuerpo para limpiarlo. Continuó con la lectura.

«...a tu tío Martín le enterramos en el nicho del abuelo, ya sabes aquel que guardamos para toda la familia...»

Le dio un vuelco el corazón. ¿Su tío Martín, muerto? ¿Había leído mal? Repasó la carta, desde el principio, sin omitir una sola sílaba del texto.

«...vinieron a buscarle de madrugada cuatro falangistas, eran hijos del pueblo, de aquellos que hicieron de la Falange para presumir con sus pistolas al cinto y cuya mejor tarea era perseguir a las mozas y emborracharse en la taberna. Antes habíamos sido jornaleros asueldo de tu tío. Pues como te estaba diciendo...»

Julio observó con gran sorpresa que, a partir de este renglón, su madre no cometía alguna falta en la construcción de las frases,

Vinieron a buscarle de madrugada y le dijeron que les acompañase al cuartelillo de la Guardia Civil. Mi hermano, tu tío, aquí en el pueblo nunca se había metido con nadie y el único defecto que tenía es que era rico y poseedor de las fincas más grandes del lugar. Como sabes, la casa del tío Martín está a tres manzanas de donde vivimos tu padre y yo, y una vecina, que se despertó por el alboroto que los cuatro falangistas armaban, nos llamó asustada. Nos echamos encima lo que pudimos y bajamos corriendo a casa del tío Martín. Nos encontramos a los falangistas con las pistolas en la mano oliendo a recién salidos de la taberna. Nos dijeron que no pasaba nada y que si requerían la presencia del tío Martín en el cuartelillo era para que hiciera un reconocimiento sobre no sé que asuntos, los cuales se los explicarían a él cuando estuviera en la dependencia de la Guardia Civil. La verdad, hijo, es que nosotros estábamos muertos de miedo ante las pistolas y el olor a vino, pero tu tío parecía muy tranquilo.

Se lo llevaron y a la mañana siguiente, un pastor, el Jara, descubrió su cuerpo acribillado a balazos en las afueras del pueblo, en la cuesta del Morral con medio cuerpo metido en una de las cuevas que hay allí. Todos pensamos que lo querían esconder después de muerto, pero que no pudieron por lo borrachos que estaban.

Tú sabes que tu tío era de derechas, pero se dice que en el cuartelillo le acusaron de que, dos o tres veces al año, invitaba a cazar en sus tierras a altos políticos de la República y eso era una verdad a medias porque como tú sabes en las tierras de tu tío siempre ha habido mucha perdiz y si el dueño de una finca semejante recibe una llamada de algún funcionario del Gobierno diciendo que tal o cual ministro le gustaría cazar en esas propiedades, lo mejor es no negarse. Por cierto, los cuatro falangistas que le fusilaron habían sido ojeadores suyos y hombres de toda confianza y más de alguna vez prepararon la comida

para los invitados. Lo más terrible es que se ensañaron con él pegándole tiros en la cabeza y cuando le encontramos tenía toda la cara destrozada y estaba irreconocible. Nosotros supimos que era él por sus ropas, por su cédula de identidad y por el anillo que siempre llevaba puesto. En fin, no hemos podido hacer nada, excepto enterrarle. Otra cosa curiosa que ha pasado es que el matrimonio de Damián y Josefina, la antigua criada, junto a su hijo, también han desaparecido, suponemos que han huido por miedo. Por cierto hijo, entre sus cosas hemos encontrado papeles donde te nombra su único heredero.»

Sin poder evitarlo, fluidamente, sus ojos se llenaron de lágrimas que permanecieron, como grandes gotas de lluvia, encaramadas a sus pestañas. Encogió las piernas hasta quedar sentado de mala manera sobre un guijarro que se le clavaba en la rabadilla. Dejó la carta a un lado, sobre el suelo del cerro, sin molestarse en cambiar de postura.

—¡El tío Martín, muerto!

A retazos, vertiginosamente, desfilaron por su memoria los entrañables recuerdos que había vivido junto a él...

Todas las estaciones del año eran duras en Humosa, ese pequeño pueblo de Castilla, pero el verano más. Duro de verdad. El sol no despedía rayos, sino chorros de plomo derretido que caían sobre las calles y los campos, haciendo boquear a las gallinas y buscar a los perros la sombra de los carros. Se tendían con las patas estiradas y las fauces abiertas, jadeantes. Una galera parada sin un par de perros debajo no era concebible. Los gorriones pasaban el día agitando las alas suavemente, intentando llevar un poco de aire fresco hacia su menudo cuerpo sudoroso, como dos pequeños abanicos.

Julio Santaella, de niño, solía refugiarse en el zaguán de la casa de su tío Martín. Construida con grandes muros de piedra y argamasa. Era más impenetrable al calor que la vivienda de sus padres. El vestíbulo estaba amueblado con una gran banca de madera, hecha a mano, sobre la cual habían colocado un colchón de gruesa lana. A ambos lados, dos sillas con respaldo de varillas torneadas, pintadas de rojo, completaban la decoración. No recordaba el color de la banca porque siempre solía sentarse sobre una de las dos sillas. Concretamente, en aquella que se encontraba más hacia el interior del habitáculo.

Varias veces, penetraba en el salón de la vivienda para husmear las pertenencias y secretos de los mayores. Le gustaba pararse frente a una gran librería, donde estaban colocadas numerosas novelas y grandes volúmenes. Al sacarlos del estante pesaban mucho. Algunas veces intentó leerlos sin entender ni media palabra de su contenido. Eran libros de leyes. Los devolvía, con esfuerzo, a su lugar de origen. De mayor –pensaba– se haría abogado para descifrar el sentido de las frases. Le parecían misteriosas y mágicas. Después, cogía cualquier libro que contuviera muchos dibujos e ilustraciones y regresaba al zaguán para sentarse en la silla de rojo, donde pasaba páginas y páginas, cambiando el argumento al antojo de su imaginación.

Un día, caída la tarde, el tío Martín llamó a la puerta de la casa de sus padres. Entró resoplando. Le recordaba alto, nervudo y fuerte, de tez morena, con gran mostacho entrecano. Su pelo largo y rubio, lo peinaba hacia atrás, siempre cubierto por un sombrero. A grandes zancadas, cruzó el patio y penetró en el salón sentándose en la butaca más cómoda. Nadie extrañó que no saludara al entrar en la vivienda.

—¡Felisa, Joaquín! —empezó a hablar, extendiendo su dedo índice de la mano izquierda hacia el niño—. Este muchacho promete... Como sabéis ni estoy casado, ni tengo hijos...

Las palmas de sus dos manos cayeron sobre los laterales de cuero del sillón.

—Vosotros estáis faltos de dinero y no me gustaría que le educarais en un oficio cualquiera o en las labores del campo. Tú trabajas como administrador de mis tierras, Joaquín, y espero no pienses que tu hijo heredará el empleo. Si no tenéis inconveniente, lo enviaré a casa mañana mismo. Yo me encargaré de su formación y educación escolar. Le pagaré los gastos de la carrera, aunque os adelanto que será abogado. Dormirá en mi vivienda. ¿Qué piensas, Julio?

El tío Martín se dirigía al niño, esperando su aprobación. Daba por descontado el consentimiento de los padres. Julio abrió los ojos como platos. Tenía nueve años y era un niño

fibroso, de pícaras facciones y sagaces ojos claros. Todo el mundo decía que estaba muy alto para su tiempo.

—¿Podré pasar la noche, alguna vez, con mis padres? —preguntó.

—¡Naturalmente! Siempre que quieras.

Las posibilidades que se le abrían a tan corta edad eran inauditas. Su único pensamiento era que, con dos residencias, podría huir de la férrea vigilancia paterna, integrándose más en la pandilla de amigos que tenía en el pueblo. No le sería muy difícil engañar al tío y a los progenitores diciéndoles que iba a dormir a casa distinta de donde se encontraba. Podría escapar hacia los montes con su pandilla y buscar nidos de pájaros o cualquier otra cosa que les viniera en gana.

Julio asintió con la cabeza, sonriendo. Sus mayores permanecían en silencio con un gesto entre abrumados y felices. El tío Martín se levantó del sillón, dando por terminada la conversación y desandando el camino, abrió la puerta de la calle para después plantar un beso sobre la mejilla de su hermana. El muchacho le vio caminar calle abajo con el sombrero colocado recto en la cabeza. Su casa estaba situada a tres manzanas de distancia.

A media mañana del día siguiente, su madre le acompañó. Anduvieron sin pronunciar palabra los trescientos metros que les separaban de la vivienda del tío Martín. La puerta de entrada estaba solamente entornada y, tras empujarla, atravesaron el zaguán que comunicaba con el interior. A medio camino del corredor tropezaron con Josefina, una de las criadas. Se encontraba arrodillada, estrujando una bayeta sobre un cubo lleno de agua. Limpiaba las baldosas.

Al verles, se levantó secándose las manos con el delantal. Julio ya conocía a Josefina. Le calculaba más o menos dieciocho años y era una moza de agradables facciones, con serenos y grandes ojos negros, labios gruesos y bien dibujados, abundante pecho y recias caderas, que descansaban sobre un moldeado trasero. Sus piernas eran largas y firmes, los pies, calzados con zapatillas sin calcetines, parecían más tostados por el sol que el resto de su piel.

La muchacha esbozó una sonrisa de bienvenida. Sin mediar palabra, giró el cuerpo con intención de ir a buscar al dueño de la casa. No hizo falta. El tío Martín apareció por el fondo del pasillo llevando un libro en las manos. Se trataba de unos de esos grandes tomos, cuyo contenido deslumbraba a Julio por no entenderlos.

—Buenos días, Felisa —pronunció aquél—. Me encontraba ahí en el salón, repasando cosas de mi oficio. Sabes que no ejerzo, pero me gusta estar al tanto de lo último que sale sobre leyes. ¡Bien! Julio acércate. Ya conoces a Josefina. Ella cuidará de ti, encargándose de hacerte la cama y mantener limpio tu vestuario. También hará la comida. ¿Has traído alguna ropa suya? —preguntó a su hermana, señalando al niño con un movimiento de cabeza.

Al ver el gesto negativo de ella continuó:

—No importa. Mañana iremos de compras a la ciudad. Josefina, deja lo que estés haciendo y acompaña a mi hermana para que te dé lo que crea oportuno del muchacho.

—Hombre, Martín, no he traído algo porque como vivimos tan cerca...

—Anda, anda... ve con Josefina —repitió él—. ¡Julio ven conmigo! Te enseñaré tu habitación.

Subieron al piso de arriba. Después de atravesar largos pasillos y corredores, llegaron a un amplio dormitorio. La cama era enorme con un dosel dorado y las sábanas estaban cubiertas por una colcha afelpada de color naranja. En el lado izquierdo de la habitación, un gran aparador con tres filas de cajones abiertos sostenía un espejo ovalado sobre cuyo cristal pequeñas motas doradas producidas por los años marcaban su entorno. Al otro lado, un armario de tres puertas dejaba ver su profundo fondo.

El muchacho sintió un pequeño escalofrío al comparar la pequeñez de su figura con el tamaño de la habitación. Martín pareció darse cuenta.

—No te preocupes Julio, no vas a estar solo. Mira, yo dormiré cerca de ti porque mi habitación es aquella al otro lado del pasillo. A Josefina la trasladaremos esta noche a ese otro cuarto pegado al tuyo, que se encuentra vacío. Como ves, estarás acompañado.

La mansión era enorme. Tenía una planta de unos cinco mil metros y su fachada daba a tres calles del pueblo. La entrada principal estaba situada en la parte norte. En el lado sur, un gran portalón permitía el paso de las mulas y caballos que se utilizaban en los trabajos del campo. Al fondo, unos cincuenta pesebres acogían igual número de caballerías. Al final de los mismos, otro amplio pasillo dejaba ver infinidad de puertas que correspondían a las habitaciones de los peones.

Situado a la izquierda de la zona de labor había un gran patio, cuyos árboles amparaban bajo su sombra infinidad de gatos medio salvajes.

Llegó la hora del almuerzo. En el centro del comedor había una gran mesa rectangular sobre la cual comía, habitualmente solo, el tío Martín. Las sirvientas, en número de ocho o nueve, lo hacían en la cocina pegada al salón. Algunas de las criadas eran esposas o hijas de los trabajadores del campo, como el caso de Josefina, cuyos padres vivían en la casa desde hacía infinidad de años. Ella misma había nacido junto a la cuadra de los caballos.

Las domésticas habían colocado los platos y cubiertos del tío Martín y de Julio unos enfrente de otros, separados por los cuatro metros que medía la mesa. Al ver la cara de estupor del muchacho, el hombre sonrió y levantándose de su silla trasladó los utensilios de comida junto a él, justo al lado izquierdo. Otro problema fue la altura de la mesa, a la cual el niño apenas llegaba con la barbilla. Josefina lo solucionó colocando sobre la silla cuatro cojines que trajo del salón. En días sucesivos, Julio se sentaría en una silla de dos plantas que el tío Martín mandó hacer por el carpintero del pueblo.

El muchacho pasó la tarde jugando a las canicas con su pandilla de amigos. Había bolas de barro que los chicos fabricaban con sus propias manos en la barraca de tejas. Consegúan una perfecta redondez de las mismas haciéndolas girar bajo el hueco de sus manos. Pero las mejores eran unas de cristal, que se conseguían rompiendo el gollete de las botellas para las cuales servían de tapón. Estas eran simétricas, de diversos colores, que formaban dibujos irregulares sobre su superficie. Julio era un auténtico campeón de este juego, cuyo premio consistía en ganar las bolas de sus adversarios. De vuelta a casa, entregó a Josefina un pequeño saco de canicas para que se las guardara. Como siempre, había ganado.

Llegó la noche. Después de cenar, el tío Martín se levantó de la mesa limpiando sus labios con una servilleta. Al moverse, las patas de la silla chirriaron al rozar con las baldosas. Julio sintió una desagradable sensación de escalofrío.

—Bueno, rapaz. Es hora de irse a la cama. ¡Josefina! —llamó.

La criada apareció, rauda, proveniente de la sala contigua.

—Si has terminado de cenar compañía a mi sobrino hasta su dormitorio. Puedes acostarte tú también, si quieres. Las demás mujeres terminarán de recoger y lavar los platos.

Josefina asintió con la cabeza.

—Vamos Julito —pronunció en voz baja.

Acercándose al muchacho, puso ambas manos bajo sus axilas, ayudándole a bajar de la silla. Julio colocó un beso sobre la mejilla de su tío, quién se agachó para recibirlo esbozando una ligera sonrisa.

Cogidos de la mano, subieron los peldaños de la escalera hasta desembocar en el gran corredor.

A pesar de lo caluroso de la noche veraniega, el niño sintió un cambio de temperatura corporal al entrar en aquel lugar. Josefina acarició con una mano el pelo de su cabeza en un intento de transmitirle confianza. Una vez en el dormitorio, se dirigió hacia la cama levantando la colcha.

—La dejaré a los pies por si pasas frío, aunque no lo creo. Con este calor... Anda ven, te ayudaré a desnudarte. Siéntate aquí —dijo, palmeando un lado de la cama.

Julio obedeció dócilmente. La muchacha se arrodilló para desatarle los cordones de las zapatillas. Tiró de ellas hasta depositarlas en el suelo. A continuación, le desabrochó los botones de la camisa y pantalones.

—Vamos... ¡ayúdame a quitarte esta ropa! —pidió.

El niño giró levemente la espalda y levantó sus pequeñas posaderas para mejorar la extracción de los calzones. El cuerpo quedó desnudo sobre el lecho.

—¡Acuéstate!

Dando la vuelta sobre sí mismo, gateó hasta colocar su cabeza sobre la almohada. Ella le arrojó con la sábana.

—Ya lo sabes. Si tienes frío, no tienes más que taparte con la colcha. Aquí, encima de tu cabeza, tienes el encendedor de la luz que apagaré para que duermas pronto... ¿Me das un beso?

Una extraña sensación le recorrió el cuerpo al notar los carnosos labios de Josefina posarse en la comisura de los suyos. Al mismo tiempo, sus grandes pechos le aplastaban ligeramente sobre el colchón.

La criada abandonó la habitación, apagando la luz con otro interruptor situado cerca de la puerta de entrada.

Julio cerró los ojos intentando dormirse. Molestaba en sus oídos el silencio de la casa, que se vio roto al sonar en el pasillo las zancadas de su tío Martín. Crujió, con levedad, una puerta al abrir y cerrarse. Otra vez, el silencio.

Intentó recordar la partida de canicas, que había mantenido durante la tarde con sus amigos... pero fue en vano. No le distraía el asunto. Con un pequeño esfuerzo mental plasmó en su cerebro el mapa del pueblo. Entre la casa de su tío y la de sus padres se alzaba el edificio de la iglesia, siguiendo todo recto estaba el cementerio.

Hace un año, el cura le propuso que fuera uno de sus monaguillos, por lo cual le pagaría una peseta al mes. El aceptó, pero duró en el oficio un solo día. No daba pie con bola delante del altar. Se levantaba cuando había que arrodillarse y viceversa. No sabía donde colocar los paños de misa, ni tampoco el lugar donde le correspondía situarse durante la ceremonia. Hubo un momento en el cual el sacerdote tuvo que propinarle una ligera patada en el trasero para desplazarle de entre él y los fieles. Tampoco le divertían estos pensamientos y los abandonó.

Transcurrieron un par de horas implacablemente lentas. Empezó a recordar una historia que le habían contado. No hacía mucho tiempo, entre una cuadrilla de mozos del pueblo, se había cruzado la apuesta de que uno de ellos no tendría reparo en visitar el cementerio a las tres de la mañana; después caminaría entre las losas hasta llegar al nicho preparado para el enterramiento del carnicero, había muerto la tarde anterior; como prueba de su visita al santo lugar, debería dejar la correa de los pantalones en el interior del agujero; sus amigos le esperarían en las afueras del pueblo. El mozo forzó la puerta de entrada y una vez al borde de la excavación preparada para el ataúd, resbaló sobre la tierra amontada alrededor, cayendo al vacío. Se rompió el cuello contra el fondo de la tumba. La creencia entre la gente del pueblo es que fue empujado por las ánimas benditas.

Julio se despabiló totalmente y quedó sentado sobre la cama. Arrastró su cuerpo al borde de la misma colocando sus pies sobre el suelo. Trémulo, salió al pasillo. Sin llamar, abrió la puerta de la habitación donde se encontraba Josefina, permaneciendo bajo su dintel. La luz de la luna, a través del balcón, inundaba el lugar, recortando la figura del niño sobre el fondo oscuro de la pared.

—¿Qué te pasa, Julio?

—Tengo miedo, la casa es muy grande —respondió aquel.

—Ven acá.

La muchacha destapó con un suave gesto la sábana del colchón a su derecha. El pequeño Julio, como un autómatas, se dirigió hacia ese lado de la cama. Dobló una de las rodillas y se izó para después gatear al lado de ella. Extendió su brazo sobre los desnudos pechos de Josefina. Inmediatamente se quedó dormido.

Su última sensación fue el olor a rico pan caliente que desprendía el cuerpo de la mujer.

Abril, 1895.

A bordo del crucero *Reina Mercedes*, un joven alférez, vestido con uniforme de regulares, se encontraba acodado en la borda contemplando las costas de Cuba que se descubrían en el horizonte. A pesar de estar perfectamente visibles, había preguntado a uno de los marinos sobre cuánto tiempo faltaba para el ataque.

—¡Más a menos cuatro horas! —fue la respuesta.

Martín Niebla Ríos suspiró hondo, reteniendo lo que pudo el aire marino con sabor a costa dentro de sus pulmones.

Hacía apenas dos meses que se encontraba en la Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, sentado al lado de su inseparable colega, Antonio Barbolla.

Minutos antes de entrar en clase, el comentario general transcurría sobre los errores que el Gobierno español estaba cometiendo en las colonias. La causa principal de dichos fallos era el sostén de militares, tozudos e irresponsables, con poca visión política sobre las relaciones que habrían de mantener con los pueblos administrados.

Todo el mundo sabía el fango que estaban pisando las tropas españolas en ultramar y desde todas partes llegaban los escritos de José Martí, quien, con su prosa candente y arrolladora, sumaba a millares los seguidores revolucionarios hasta conformar un auténtico ejército.

A Martín la voz del catedrático le sonaba cada vez más lejana, hasta que dejó de oírla. Se puso de pie y levantando el brazo pidió permiso para abandonar la sala. En el tranvía, de regreso a la casa donde se hospedaba, se dio cuenta de que los libros de texto habían quedado olvidados sobre el pupitre. Se encogió de hombros.

Había decidido enrolarse en la próxima expedición que saliera para la Guerra de Cuba.

En el Ministerio del Ejército le confirmaron que, si presentaba su acreditación de estudios, sería nombrado alférez. Una vez en el destino, después de la primera acción de guerra, la lógica costumbre era el ascenso a teniente o capitán.

Entrando en el puerto de La Habana, Martín vio aparecer, en primer término, los buques de la Armada española. Al fondo, algunos vapores nacionales y extranjeros. También observó con extrañeza que la bahía estaba siendo cruzada por un enjambre de ferrys, los cuales, con sus máquinas de balancín, se movían lentamente para transportar pasajeros y mercancías —lo supo más tarde— hacia Puerto Real, Guanabacoa y Matanzas. Al acercarse, observó que los muelles se desarrollaban siguiendo las inflexiones de tierra firme. A lo largo de

los mismos estaban acumuladas las mercancías de azúcar, café, ron y frutas en enormes cantidades.

Martín, junto a otros cinco oficiales más, era conducido por un ordenanza hacia el Castillo de El Príncipe. Todos ellos portaban al hombro grandes bolsas de lona y arrastraban los baúles donde guardaban sus pertrechos.

El castillo estaba situado en la Loma de Aróstegui. Se trataba de un baluarte que comprendía grandes fosos, almacenes, oficinas, aljibe y alojamientos para albergar una guarnición cercana a los mil hombres.

Después de comprobar con satisfacción que su cuarto medía unos veinticinco metros cuadrados de habitabilidad, Martín recibió la orden de presentarse a un oficial de rango superior.

—Soy el capitán Horacio Masó —empezó a hablar, sin preámbulos—, ayudante del coronel Ximénez de Sandoval quien, a su vez, es uno de los estrechos colaboradores del general Martínez Campos. Nuestro jefe presta especial atención al historial de todos sus oficiales y al enterarse que tienes, prácticamente, terminada la carrera de abogado, ha decidido que cooperes bajo mis órdenes en la nueva trayectoria política que quiere imprimir en la isla. El nuevo Capitán General cree que es posible una solución negociada y espera llegar a ella, combinando con la acción militar, una política de buena voluntad. Consideramos que, habida cuenta tu condición de letrado, algo podrás aportar al proyecto.

A Martín le agradó el rápido tuteo con que le había tratado el capitán Masó. Se trataba de un joven de mediana estatura, más o menos un metro setenta y tres centímetros, plano de vientre y con unos hombros descomunales que denotaban gran fortaleza física. Tenía unos ojos redondos y vivaces. Al contrario de la moda, en su cara no lucía barba ni mostacho.

—Bueno, alférez —continuó el capitán—, se me olvidó decir aquello de... ¡bien venido a La Habana! Ya llevo aquí un año y conozco un poco la ciudad. Si quieres, podemos dar una vuelta por ella esta noche. Las órdenes de retreta son muy estrictas en el fortín, pero a los oficiales que estamos cerca del Capitán General se nos permiten ciertas licencias —dijo sonriendo y guiñando un ojo—. Solamente una pequeña salvedad: hay que vestir de paisano e ir armados.

—Ningún problema. He venido bien pertrechado. Muchas gracias por la invitación. Acepto

Una vez en el exterior del castillo, Martín quedó inmerso en la contemplación del mundo que le rodeaba. Las calles cubanas estaban abarrotadas de gente bulliciosa y parlara. La población, alrededor de doscientas cincuenta mil personas, se encuentra muy mezclada. Gentes de todos los matices de color, desde el ancestral negro oscuro hasta el mulato pálido, conviven en la ciudad. Estos últimos son descritos de variadas formas, tales como *octerones*, *cuarterones*, *café con leche* y *pinos amarillos*. Hay en La Habana cerca de cuarenta y cinco mil chinos y ni una mujer de esa raza. Los negros y los chinos trabajan generalmente en el servicio doméstico.

En La Habana, la vida y la propiedad son protegidas por numerosos y eficientes cuerpos de policía que patrullan la ciudad y los suburbios. Tanto montados a caballo como a pie, van armados con espadas y grandes pistolas, porque los robos con violencia son bastantes frecuentes en la ciudad. Cuando los malhechores que cometen asaltos caen en manos de los guardias, éstos disparan con bastante facilidad. Es más cómodo conducirlos muertos

al cementerio que vivos a la cárcel. Un informe explicando que el prisionero intentó escaparse y que ellos se vieron obligados a disparar es suficiente para archivar el caso. Pero no todos los bandidos mueren. Los prácticos policías, cuya paga, por cierto, se encuentra siempre atrasada unos ocho meses, tienen un cupo de criminales para apresar. Son aquellos a los cuales se les encadena y atados junto a una pesada bola de hierro, barren las calles de la ciudad.

Se pregona mucho.

La gente lleva los cestos y canastas en la mano, pero habitualmente lo hacen a lomos de un mulo, sobre el cual van sentados. Los vendedores bamboleándose indolentes, vocean sus especialidades. De esta forma, toda clase de pan, pescado, frutas, pollos vivos y confec-ciones, son distribuidos entre los consumidores de la población. En muchos lugares públicos, hay chinos parados tras mesas donde han instalado unos tableros repletos de tortas y dulces. Apenas alguien les compra, pero ellos permanecen incansables e inmutables, ahuyentado las moscas con un plumero que pasan encima de la mercancía.

—¿Te gusta el baile, alférez? —preguntó Masó.

—En Madrid conocía todos los salones.

—¡Estupendo! Vamos a *El Louvre*. Verás como esta sala no tiene que envidiar a alguna de Madrid. ¡Ehhh... cochero! —mandó parar a uno de los carruajes que circulaban.

Martín estaba sorprendido por los cientos, quizás miles, de carruajes que había en La Habana. Eran todos del modelo Victoria, bien equipados con arnés español y un ligerí-simo caballo cubano que circulaba a gran velocidad. Los coches eran abordables a cual-quier hora del día o de la noche, en cualquier parte de la ciudad. Nadie pretende caminar, excepto los peones y las clases bajas del pueblo.

—Estos pícaros cocheros se afanan por obtener dos o tres veces el precio de la carrera, especialmente si se trata de extranjeros —informaba Masó—. Aquí están reglamentados, por ordenanza, los precios de los servicios de carruajes. Cuarenta centavos en papel se le cobra a una o dos personas por ir a cualquier parte, y cincuenta centavos por tres personas. Si te digo todo esto es para aumentar tu cultura sobre la isla —aclaró.

El alférez sonrió, agradeciendo la información

El local restaurante estaba construido en una sola planta y pintado de color pastel. Toda La Habana era color pastel. En la calle San Rafael, esquina con la del Prado, se encontraron frente a una gran puerta de madera, que el capitán empujó diligentemente, conocedor del terreno que pisaba. Una alargada mampara de caña obstaculizaba la visión desde la entrada hasta el interior del escenario. Caminando unos pocos pasos hacia la izquierda se salvaba el obstáculo hasta penetrar en la sala, en cuyo frente había un pequeño escenario. Tenía unos siete metros cuadrados, totalmente vacío de algún tipo de mobi-liario.

En el momento de entrar los dos militares el telón estaba totalmente corrido, abierto. Cercando la tarima por todos los lados había pequeños veladores de caoba con tapa de cristal rodeados de cuatro sillas cada uno. Estos se esparcían por el local en número indes-cifrable por su abarrotamiento. A la derecha, una enorme barra sin taburetes transcurría de extremo a extremo de la habitación. Hermosas mujeres criollas blancas se apoyaban sobre ella con la mirada clavada en la puerta de entrada.

—¡Cielo santo, qué hembras! —musitó para sí mismo Martín Niebla.

—A través de aquella puerta que ves al final del mostrador —informó el capitán— se accede a las salas de billar y juego de cartas.

Ambos se desplazaron lateralmente alrededor del salón hasta encontrar una mesa vacía pegada al mostrador y cerca del escenario. Se sentaron acomodando sus chaquetas al revólver que llevaban sujeto por el cinturón, al mismo tiempo que esparcían una mirada hacia el contorno. Militares de uniforme en número pequeño asistían a la fiesta. El local estaba más concurrido por paisanos españoles y criollos. Su vestimenta y las gruesas cadenas de oro cruzándoles el vientre demostraban una buena posición económica.

—Mira a aquel grupo del fondo —pronunció Masó en voz baja— a todos ellos les conozco. Son ricos especuladores.

—¿Especuladores? ¿Pero qué se puede especular en esta isla? —preguntó Martín.

—No seas ingenuo. ¡Ya te enterarás! —fue la escueta respuesta.

Segundos después apareció un camarero chino, quien situándose entre los dos camaradas alzó las cejas interrogando sobre la demanda deseada por sus clientes.

—¡Dos cócteles de ron! —pidió Masó— y echa sobre el licor zumo de piña. Luego diremos si nos quedamos a cenar. ¿Estás de acuerdo, Martín?

—Sí, gracias, capitán. Pero, oye... ¿Cómo vamos a pagar?

—No te preocupes, tengo pesos americanos —al ver el gesto de extrañeza en la cara del alférez, continuó—, si utilizáramos papel moneda de Cuba sería necesaria una carretilla con que transportar el dinero para pagar las consumiciones.

Sobre el escenario aparecieron dos músicos mulatos, de los llamados *café con leche*, portando cada uno de ellos una guitarra en la mano derecha y una silla en la mano izquierda. Instantes después apareció otro sin la correspondiente silla, cambiando la guitarra por una caja de madera que servía como instrumento de percusión.

Se hizo un gran silencio en el local.

Las criollas de la barra dejaron de contemplar la puerta de entrada para fijar su mirada en el escenario.

—Este grupo es muy famoso aquí en La Habana —informó el capitán en voz baja, acercando sus labios al oído de su compañero—, cantan boleros y, francamente, lo hacen muy bien.

—¿Boleros españoles? —preguntó Martín.

—¡Ni se te ocurra hablar de boleros españoles! Ellos presumen con orgullo de que este ritmo es de origen cubano. Concretamente de Santiago de Cuba, donde un tal José Sánchez compuso *Tristezas* hace unos diez años. Todo el mundo acepta que ese fue el primer bolero escrito y, por tanto, establecen su nacimiento en esa tierra.

Martín se encogió de hombros al mismo tiempo que escuchó el rasgueo de las guitarras con un rayado rítmico, muy segmentado, constante en la prima y acentuado tonalmente en la guitarra segunda. Las voces y percusión entraron segundos después, inundando la sala de ese compás cadencioso, mágico, dos por cuatro, con indudable sabor caribeño.

*Tristezas me dan tus quejas mujer
profundo dolor que dudes de mí.
No hay prueba de amor que deje entrever
cuanto sufro y padezco por ti...
La suerte es adversa conmigo
no deja ensanchar mi pasión.
Un beso me diste un día
lo guardo en mí corazón.*

Al final de la canción los aplausos del público atronaron en la sala. Los músicos, sonrientes, inclinaron sus cabezas disponiéndose a seguir con el repertorio de melodías. Cuando los instrumentos musicales sonaban de nuevo, un hombre menudo de tez blanca, con el pelo engomado tirante hacia la nuca y gran bigote negro que casi cubría la pajarita anudada a su cuello, irrumpió tras las cortinas del escenario. Portaba unos papeles en la mano y mandando callar a los músicos, con gesto imperativo de su palma derecha abierta hacia ellos, alcanzó la mitad de la plataforma. Todo el mundo creyó que sería un presentador de las siguientes canciones cuando, con voz firme, fuerte y sonora, empezó a hablar:

—¡Señores! ¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra entusiasmos; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

Los clientes de la sala no acababan de entender lo que sucedía. La mayoría mantenía los ojos abiertos y corta la respiración. Horacio Masó, al contrario, entrecerró los suyos mientras su mano derecha se dirigía al cinturón, donde guardaba la pistola. El orador, arriba del escenario, seguía imperturbable:

... ¡Es el sueño mío, es el sueño de todos: las palmas son novias que esperan y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre.

Al llegar a esta frase, el capitán Masó, sacando el revólver del cinto, se puso violentamente en pie.

—¡Silencio! –gritó– ¡Es un desleal! ¡Lo que está leyendo es un discurso revolucionario de José Martí! ¡Hay que detenerle!

Las cortinas al fondo del escenario se agitaron vivamente y el alférez Martín Niebla se dio cuenta que, por ambos costados, asomaban los cañones de varios rifles apuntando hacia el capitán. Este mantenía toda su atención en reprender al orador, quien intentaba escapar por un lateral de la plataforma. Sin pensarlo dos veces, el alférez se lanzó sobre su compañero arrastrándole al suelo, al mismo tiempo que sonaban varias descargas de fusilería.

La mesa y las sillas, donde los dos hombres instantes antes se encontraban, volaron por los aires destrozadas y un par de mujeres a sus espaldas cayeron dobladas por los disparos. Los pocos militares de uniforme que había entre el público echaron mano de sus armas. Enarbolándolas intentaron repeler la agresión. También algunos paisanos iban armados e hicieron lo mismo. Más hombres, todos negros, aparecieron por distintos lugares de la sala empuñando rifles que dirigían hacia los clientes del café, apretando los gatillos indiscriminadamente.

Martín y Horacio, tumbados en el suelo cuan largos eran, se miraron mudos de asombro. De común acuerdo, apoyándose en sus codos, se dirigieron por entre mesas y cadáveres hacia la puerta de salida. El ruido de los disparos ahogaba las maldiciones y los alaridos de terror de las mujeres. Creció el desconcierto. Gracias a ello, los dos compañeros pudieron alcanzar la mampara de caña que se interponía con el exterior de la calle. Por la puerta principal, dos negros armados intentaban entrar en el recinto. Todavía desde el suelo ambos militares, apuntándoles con sus revólveres, vaciaron las balas del tambor en sus cuerpos. Uno de ellos se agarró al quicio de la puerta cubriéndolo de sangre.

Una vez fuera, corrieron a lo largo de la calle San Rafael. Su carrera se vio frenada en seco por el ruido inmenso, trágico y discordante de una enorme multitud furiosa, la cual se acercaba en sentido contrario. Los dos hombres se refugiaron tras el hueco de una amplia puerta, en la primera casa que encontraron. Amparados por la oscuridad, oyeron como la algarabía se iba acercando. Al pasar a su lado comprobaron se trataba de una banda variopinta, mayoritariamente de raza negra, aullante y excitada. Iban armados con rifles, espadas y hasta sartenes, las cuales hacían golpear entre sí, produciendo secos chirridos de lata que retumbaban en las paredes. Vociferaban. Gritaban. ¿Qué significaba aquello? —se preguntó Martín— ¿Se trataba de una revolución?

La turba dobló la calle y se encarriló por la del Prado. Segundos después llegaron a los oídos de los dos hombres ruidos de disparos y alaridos de dolor. Continuaron con su carrera y cincuenta metros más abajo se toparon con un carruaje que cruzaba la calle. Saltaron a su interior sin dudar.

—¡Hacia el Castillo El Príncipe! ¡Rápido! —ordenaron al conductor, quien volvió la cara alarmado al conocer el destino del viaje. No tuvo la menor duda. Sus dos pasajeros eran oficiales españoles. Cumplió el encargo con diligencia sin pensar en aumentar la tarifa del servicio.

Una vez en el denominado pabellón de oficiales, Masó sujetó el brazo del alférez.

—Martín... ¡nunca olvidaré que me has salvado la vida! —dijo atrayéndole fuertemente contra su pecho.

El alférez era cerca de un palmo más alto que su superior jerárquico, por lo que éste, en el abrazo, hubo de colocar las manos a su espalda por debajo de los hombros. Por un instante le faltó el aire sintiendo que sus costillas se hundían.

Un oso lo habría hecho con menos ímpetu. Sin palabras, palmeó suavemente el dorso del capitán.

Apenas tres horas más tarde de tenderse sobre la cama, el alférez Martín Niebla se despertó sobresaltado por otro inmenso ruido que le llegaba del exterior del castillo. Intentó centrar sus sentidos. No eran disparos de fusiles ni gritos trágicos de gente herida. Eran simplemente ruidos de campanas. ¡No se lo podía creer!

Parecía una conspiración contra el sueño de todos los sacerdotes de la ciudad. De cada esquina con su iglesia y de cada iglesia con su campanario, el clamor de sus péndulos de bronce era expandido incesantemente. En la mayoría de los pueblos cristianos, una buena campana es suficiente para la torre de una iglesia. Aquí presumían tenerlas en plural. Todas parecían competir con las otras en hacer más ruido. Martín Niebla se llevó las manos a la cabeza en un intento de taponar sus oídos, totalmente despierto.

La puerta de su habitación no estaba cerrada con llave. Martín percibió cómo se abría con cierta violencia penetrando en el cuarto el capitán Masó, quien se esforzaba en abrocharse los últimos botones de la chaqueta de su uniforme.

—¡Hay importantes noticias, Martín! ¡Debes vestirte inmediatamente! —gritó para hacerse entender por encima del ruido de las campanas.

—¿Qué pasa? —preguntó el alférez.

—Que el general Martínez Campos ha decidido tomar el mando de todas las tropas destacadas en Santiago de Cuba y se lleva con él al coronel Sandoval. Por supuesto, también a nosotros que estamos bajo sus órdenes.

—¿Cuándo? —acertó a preguntar Martín.

—Partiremos por tren cuando acaben los soldados de cargar unos vagones con armas y municiones. Calculo que será dentro de una hora. Llevan trabajando en ello toda la noche.

—¡Enseguida estoy contigo! —dijo el alférez, saltando de la cama.

—Te espero abajo, junto a la puerta principal y mete en la bolsa lo imprescindible. No creo que en campaña necesitemos muchas cosas. El coronel nos espera en la Plaza de Armas.

La Plaza de Armas en La Habana era un hervidero humano. Situada frente al palacio del Capitán General, hermosa y cómoda residencia, es de bello trazado y crecen en ella numerosos árboles, entre ellos la palma real. Vistasas flores la abarrotan. Su pavimentación es de losas y, además de los bancos, por la noche suelen colocarse sillas para que los asistentes disfruten de la música instrumentada por la banda del Gobernador. El jardín es pequeño. Cuidadosamente atendido. En el centro se encuentra la estatua de *la India* rodeada por una verja de hierro. Al otro lado de la calle hay un templete, donde se dice que Colón celebró su primera misa.

Alrededor de *la India*, numerosos jefes y oficiales charlaban formando corrillos. La gran mayoría, tropa, deambulaba de un lado para otro portando en sus manos diversos utensilios de guerra, cajas de madera repletas de municiones y pequeños carros cargados de dinamita. Dos o tres soldados tirando de ellos sustitúan a los mulos de arrastre.

Hallaron al coronel Ximénez de Sandoval en el vestíbulo del palacio, impartiendo instrucciones a un grupo de oficiales. Se trataba de un hombre menudo, moreno, ataviado con un uniforme impecablemente blanco de cuya cintura colgaba un sable de empuñadura dorada. En sus facciones enérgicas sobresalían unos ojos vivaces que, inmediatamente, dirigieron su mirada hacia los dos hombres al verles aparecer en el edificio.

El coronel Ximénez de Sandoval había nacido en Málaga. Siendo un niño, su familia se estableció en Pinar del Río y toda su carrera militar había transcurrido en La Habana. La gente le tomaba por cubano porque hablaba con acento semejante a ellos.

—¡Eso es todo, señores! —dijo dando por terminada su conversación con los militares que le rodeaban, los cuales, después de saludarle, se esparcieron en diferentes direcciones.

—¡Llega tarde, capitán! —espetó enérgico.

—Lo siento, señor —contestó Masó— apenas hemos dormido. Anoche, el alférez y yo salimos en patrulla de reconocimiento y nos vimos envueltos en el tiroteo del *Café del Louvre*. Por cierto, señor, le presento al alférez Niebla, ya sabe... el abogado.

—¡Está bien! A partir de ahora vamos a necesitar más fusileros que abogados —dijo sin apenas prestar atención a la figura de Martín, quien permanecía respetuosamente retirado unos pasos.

El coronel prosiguió dando órdenes.

—Vayan a la estación de ferrocarril Cristina y ayuden a coordinar el embarque de todos los pertrechos necesarios para la campaña. El Capitán General desea partir inmediatamente. Tenemos informes de que los hermanos Antonio y José Maceo han desembarcado en la playa de Duaba. Con ser grave este hecho, lo empeora la noticia recibida sobre la llegada a Playitas del mismo José Martí junto a Máximo Gómez. No existe, por tanto, la mínima duda de que la incorporación de estos líderes impulsará la insurrección. Es la razón por la cual el general Martínez Campos quiere asumir personalmente el mando de las fuerzas en Santiago de Cuba. ¡Vayan rápido!

La conversación había terminado y los dos oficiales dieron media vuelta buscando la salida.

La estación Cristina es un enorme edificio rectangular con galerías exteriores de columnas atravesado por los andenes. Se había erigido como centro de operaciones militares, porque poseía grandes talleres de mantenimiento, carpintería, hojalatería, pintura, así como maquinarias y útiles para realizar todo tipo de trabajos.

Al entrar el capitán Masó acompañado por Martín en un amplio pabellón habilitado como sala de operaciones, una veintena de oficiales que allí se encontraban guardaron silencio esperando nuevas órdenes. Algunos de ellos poseían similar graduación, pero todo el mundo sabía que, el recién llegado, mantenía unas relaciones directas con el coronel Ximénez de Sandoval, principal ayudante del Capitán General.

—¿Cómo va todo? —preguntó sin mediar saludos— ¿Me podéis enseñar los planos de distribución de la carga?

—Por supuesto, Masó. ¡Aquí los tienes! —dijo otro capitán avanzando solícito—. Hemos distribuido el material por diferentes vagones. En unos van los cañones, en otros van las municiones y por último, también separados, van los fusiles.

—Dame por escrito el número de cañones, munición y fusiles que transportamos.

—Puedes quedarte con estos documentos. Los tenemos repetidos —dijo el oficial entregando los papeles que portaba.

Masó los guardó en el interior de su bolsillo.

—¡Perfecto! —aceptó—. Solamente una sugerencia: el orden de los furgones en el convoy. En la parte delantera, inmediatamente detrás de la máquina, habilidad el coche del Capitán General, después el vagón para jefes y oficiales, a continuación el vagón de los cañones, detrás el de las municiones y en la cola, los fusiles. ¿De acuerdo?

—¡Se hará como tú digas! Por favor, Salazar —llamó a un teniente de los allí presentes— transmite al oficial ingeniero las órdenes del capitán Masó.

—Gracias, Sepúlveda —pronunció Horacio dándole una afectuosa palmada en el hombro y volviéndose hacia el alférez Niebla situado a sus espaldas—. ¡Ven conmigo, Martín!

Fuera del pabellón, el capitán detuvo sus pasos y miró alrededor para cerciorarse de que nadie cercano podría oír sus palabras. Unos soldados apilaban fardos de uniformes a unos metros de distancia. Entendió que estaban lo suficientemente lejos pero, tomando mayores precauciones, bajó la voz al dirigirse a Martín:

—Escúchame con atención. De lo que veas u oigas a partir de ahora, ni una palabra a nadie. ¡A nadie! Voy a confiar en ti plenamente porque tengo la certeza de que entre los dos podemos hacer grandes cosas. Además, necesito ayuda.

Martín levantó las cejas extrañado.

—Ya sabrás por qué te digo esto. Ahora, acompáñame. No tenemos mucho tiempo que perder —terminó Masó.

Atravesando varios andenes salieron al exterior.

Apoyado sobre una de las columnas, elegantemente vestido de chaqué, como si continuara la fiesta de la noche anterior, parecía esperarles un individuo. Le rodeaba gran cantidad de humo que exhalaba con fruición dando profundas chupadas a un puro. Su piel era blanca y el porte de sus ropas, así como los anillos de oro y brillantes que lucía en sus dedos, denotaban cierto acomodo económico.

El alférez le reconoció inmediatamente porque los instantes vividos en aquella sala jamás podrían borrarse de su memoria. Era uno de los contertulios del grupo que se encontraba en el *Café del Louvre*. Horacio les había calificado de especuladores.

—No se preocupe, Calatrava —empezó a decir el capitán señalando a Martín— es mi socio y amigo. Delante de él podremos hablar tranquilamente. ¿Tiene todo preparado?

—Yo, sí. ¿Y usted? —contestó el llamado Calatrava mientras fumaba incesantemente.

—¡Por supuesto! Dentro de un par de horas partimos hacia Santiago de Cuba y calculo que, siguiendo el horario normal, nos llevará unos cuatro días alcanzar la ciudad.

Ambos hombres consultaron sus relojes.

—Ahora son las ocho —continuó Horacio— con lo cual... aproximadamente a las tres de la madrugada de pasado mañana estaremos en Camaguey. En ese punto nos desprenderemos de los dos últimos furgones, donde van ubicados veinte mil fusiles máuser. Haga seguir por sus hombres la trayectoria del tren y en el lugar acordado se apoderan de las armas.

—¿Qué pasa con las municiones? —preguntó Calatrava.

—Seguiremos el plan que trazamos. Primero me paga un anticipo por los rifles y después, cuando tenga en mi poder el resto de lo pactado, le entregaré las municiones.

—De acuerdo ¿Cómo lo haremos?

—Sencillo. Durante el día de hoy, le diría que nada más terminar esta conversación, mandará depositar un millón de dólares en oro en el Banco de Inglaterra. Al pasar por *Ciego de Ávila*, donde haremos una parada, cablegrafiaré a la entidad para comprobar que esa suma está depositada en mi cuenta corriente. Si todo va bien, soltaremos los fusiles en el lugar que antes he dicho: Camagüey.

Calatrava asintió con la cabeza.

—Una vez en Santiago de Cuba —prosiguió Horacio— esperaré en la ciudad su llegada. Nos hospedaremos en la *Cabaña de Gran Piedra* que, como usted sabe, está a cubierto de miradas indiscretas. Calculo que en seis días podremos vernos en ese lugar y, después de confirmar el segundo pago, tendré preparados para la entrega dos millones y medio de cartuchos.

—Espero que todo salga bien.

—¡Saldrá! —confirmó el capitán—. Usted cumpla con la parte del trato que le corresponde que yo cumpliré con la mía.

Los dos hombres se despidieron con una inclinación de cabeza. Calatrava desapareció por entre las columnas del edificio envuelto medio cuerpo por el humo del puro. Martín Niebla miraba fijamente a su capitán con un claro gesto de extrañeza pintado en su rostro. Este se echó a reír con no fingidas carcajadas.

—Anda, ven conmigo —dijo—. Más adelante te daré todas las explicaciones que quieras.

Al llegar de nuevo a la sala de operaciones, el capitán Sepúlveda se le acercó con premura.

—Oye, Masó. Un adelantado nos ha comunicado que el general Martínez Campos, acompañado por el coronel Ximénez de Sandoval, se encuentra a bordo de su calesa. Por nuestra parte está todo preparado y la distribución de los furgones se hizo como tú dijiste.

—¿Sabes si van directamente al coche reservado para Capitanía? —preguntó Horacio.

—¡Creo que sí! —contestó el oficial.

—Pues vamos para allá, si te parece.

Seguido siempre a escasos centímetros por Martín Niebla, el capitán Masó desembocó en el andén que comunicaba con la puerta principal. Desde la misma hasta el vagón de lujo que ocuparían el Capitán General y sus acompañantes, habían formadas dos hileras de soldados armados en posición de firmes que hacían pasillo en honor de la suprema autoridad isleña.

El capitán general Arsenio Martínez Campos tendría unos sesenta años de edad. Alto y de porte majestuoso, su pelo cano y corto estaba dividido por una raya situada en el lado izquierdo de la cabeza. Al poblado bigote blanco le partía una corta perilla del mismo color. Vestido con uniforme marrón oscuro, en el lado izquierdo de su pecho prendía numerosas medallas y condecoraciones, muestra de los éxitos en sus campañas militares.

El general caminaba despacio a lo largo del pasillo formado por sus soldados, el cuerpo erguido y la cabeza alta. Detrás, en igual actitud, le seguían los coroneles Ximénez de Sandoval y Díaz de Ceballos. Una vez arribaron a pie del vagón, Martínez Campos, de espaldas al tren, saludó militarmente a la bandera. Acto seguido, con agilidad, puso el pie en el estribo y penetró en el interior del coche. La tropa, en número de cuatrocientos

soldados, se distribuyó por los furgones. Cinco de estos hombres ocuparon aquél en que los fusiles eran transportados.

El coronel Ximénez de Sandoval demoró unos instantes su entrada al vehículo. El capitán Masó, siempre seguido por Martín, se le acercó con rapidez.

—Casi todo listo, mi coronel. Solo falta que la operación se lleve a cabo —pronunció.

El coronel inclinó la cabeza, asintiendo. Señaló a Martín, con un gesto de la misma y preguntó:

—¿Es su nueva adquisición?

—Sí, mi coronel. ¡Y creo que buena! —contestó aquel.

El vagón que transportaba a jefes y oficiales estaba medio vacío. Sus cómodos sillones eran capaces de acarrear a cincuenta hombres, pero solo una treintena de éstos ocupaban los asientos. El capitán escogió para ubicarse dos de aquellos situados al final del furgón. Fue entonces cuando, después de desabrocharse los botones de la chaqueta, empezó a hablar:

—¿Qué piensas?

Martín pensaba muchas cosas que no se atrevía a pronunciar. Le parecía que su superior y amigo era un auténtico sinvergüenza traidor a su país que traficaba con el enemigo abasteciéndole de lo más preciado de una guerra: armas. Pero había un par de cosas que no encajaban bien. De un lado, el tremendo riesgo que corría haciéndole sabedor de sus manejos; y de otro, el papel desempeñado por un prestigioso coronel en este turbio negocio.

A decir verdad existía una tercera función que ni a sí mismo se atrevía confesar: le importaban un bledo los tejemanejes del oficial, siempre y cuando él pudiera sacar algún provecho de los mismos. Creía estar en el buen camino.

—Escucha, Martín...

El capitán le miraba fijamente al hablar, adivinando sus pensamientos.

—¿Te has preguntado alguna vez de dónde obtienen armas los rebeldes? Yo te lo diré... ¡De tres gobiernos! —continuó sin esperar respuesta—. El gobierno alemán, el inglés y, con más asiduidad, del gobierno americano.

Masó alzó un poco más la voz para superar el ruido producido por el traqueteo del tren.

—El gobierno alemán jamás nos perdonará la mediación del papa León XIII en el asunto de Mariana, Palaos y Carolina, en que nos dio la razón en cuanto a su pertenencia se refiere. El inglés, históricamente, ha realizado varios ataques por mar para apoderarse de la isla; el más sonado fue el asedio del corsario Drake, que afortunadamente fracasó. Con respecto a los Estados Unidos de América, es de sobra conocido el rechazo del gobierno español a cuatro ofrecimientos de compra que le han sido hechos por varios presidentes americanos. La desean fervientemente, entre otras cosas por el valor estratégico que ésta ocupa frente al Golfo de Méjico.

—Pero no logro entender... —se atrevió a interrumpir Martín.

—¡Déjame continuar! En este estado de cosas es preferible que los insurrectos obtengan las armas del lado español, porque de esta manera impedimos que ganen dinero otras naciones, al margen que también evitamos que muera nuestra gente.

—Ahora lo entiendo menos. Tú ganas el dinero, ¡y qué cantidad!, para no permitir que se lo lleve un gobierno extranjero y dices evitar con ello que maten a nuestros soldados. Pues, ¡explícamelo!

El capitán se revistió de calma.

—Si bien es verdad que los fusiles son máuser, de última generación y en perfectas condiciones de uso, no así los cartuchos. De los dos millones y medio que les vamos a vender, un noventa por ciento están cargados con pólvora de mala calidad, incapaz de impeler el proyectil más allá de ciento cincuenta metros y sin fuerza suficiente para atravesar el uniforme de nuestros soldados.

—¿Qué?

—Lo que te digo. Son cápsulas amañadas.

—¿Y no se dan cuenta?

—Es muy difícil. El sonido del disparo es idéntico al producido por un cartucho normal.

—¿Por qué has dicho «les vamos a vender»? ¿Por qué hablas en plural, capitán? —preguntó Martín cayendo en el detalle.

—¿Tú crees que una operación de esta naturaleza soy capaz de llevarla sólo? ¡Hombre, no! Pertenezco al Servicio de Inteligencia del gobierno español, estando a las órdenes directas del coronel Ximénez de Sandoval. Solamente tres personas en Cuba saben de estas maniobras: el coronel, yo y ahora, tú. Si hablo tan claro de todas estas maniobras es porque necesito que entres en Inteligencia.

—¿Por qué yo?

—Porque eres universitario, culto y tienes cierta dosis de valentía. Realmente te necesito, Martín. Si estás de acuerdo, enviaré un mensaje cifrado a mis superiores en Madrid para informarles de tu entrada en el servicio.

Martín Niebla se encogió de hombros, asintiendo sin demostrar entusiasmo, pero tampoco repulsa por el ofrecimiento.

—Pediré al coronel que eleve inmediatamente al Capitán General, la propuesta de tu ascenso a capitán.

—¿Crees que es necesario?

—Sí. Posiblemente a ti no te preocupe el rango militar, pero en este trabajo es muy importante. La gente como Calatrava debe creer que tienes cierta capacidad de maniobra y eso depende de la graduación.

—Entiendo.

—Martín, para entrar en contacto con estos especuladores he tenido que patear todos los cafés y casas de citas de La Habana, demostrando que podía gastar mucho dinero. Un día dije a una hermosa criolla que no le podía pagar sus servicios de cama porque estaba arruinado. A pesar de vestir de paisano, ella sabía que yo era capitán del ejército español y, dos días después, cuando me encontraba tomando una copa de ron en la barra del Hotel Inglaterra, un hombre se acercó para, fingiendo que teníamos amigos comunes, invitarme a cenar en el mismo edificio. Durante la velada, y tras muchos rodeos, me sugirió

la posibilidad de ganar enormes cantidades de dinero hasta el extremo —dijo— de que por mucho que gastara jamás quedaría arruinado. ¡Y aquí estamos! Ahora te pido me ahorres más explicaciones sobre cómo llegué a todo esto.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó Martín.

—El de comprobar que han ingresado el millón de dólares en oro que les pedí, lo cual estoy seguro que harán. Después, en el lugar acordado, desengancharemos los vagones. Como espero te hayas dado cuenta, sólo cinco soldados al mando de un sargento viajan en ese furgón. Son hombres de toda confianza que obedecen ciegamente las órdenes dadas, sin preguntas ni malas interpretaciones. De todas formas, tú y yo iremos a vigilar la maniobra.

—¿Puedo preguntarte cómo se efectuará el segundo pago?

—Será de forma más sencilla. En el puerto de Santiago de Cuba hay atracado un barco cargado con trescientas toneladas de azúcar. Dicha nave partirá hacia España, tan pronto les diga el puerto de destino y el nombre de la compañía *compradora* que figurará en los documentos de exportación y embarque.

—¿Quién controla esa compañía?

—Por supuesto, la empresa está intervenida por nuestro gobierno y agentes del mismo, dirigirán la descarga. La firma existe realmente para no levantar algún tipo de sospechas.

—No lo veo fácil...

—No lo es. Estamos seguros de que estos rufianes tienen informadores en la península que vigilan todos los detalles. Los cartuchos, una vez en Santiago, estarán depositados en un lugar estratégico del cual será fácil sacarlos. Resumiendo, con esta operación España ingresa un millón de dólares en oro, con el cual puede comprar nuevos fusiles que nos cuestan en fábrica a setenta y cinco pesetas cada uno, más trescientas toneladas de azúcar. ¡Ah, Martín, se me olvidaba! Con objeto de evitar sospechas, el oro está ingresado a mi nombre en un banco inglés. Lo primero que haremos, nada más llegar a nuestro destino, será dirigirnos a la sucursal bancaria para ponerte a ti, como persona jurídica, dueño de la cuenta conjuntamente conmigo. Esta es otra de las razones por las cuales necesito tu colaboración. Si me pasara algo, cualquier desgracia, serías el encargado de hacer llegar ese tesoro al gobierno español. ¿De acuerdo?

A Martín se le quitaron cualquier tipo de dudas con respecto a la honestidad de Masó. Lo que le parecía mentira es que tamaño plan lo hubiera urdido una sola persona. Su admiración por el capitán crecía por momentos.

Alzó las cejas resignado. No todo iba a ser bello. Se había quedado sin participación en los beneficios.

El tren se detuvo con grandes chirridos de sus ruedas frenadas al resbalar sobre el hierro de los raíles. El ruido despertó a todos los hombres que dormitaban en el vagón. Era de noche. Martín se desperezó mirando alrededor hasta introducir en su cerebro las suficientes ideas para ubicar el lugar donde se encontraba. A través de la ventana del coche leyó un letrero iluminado pobremente, pegado en la pared de la casamata que parecía ser la estación de ferrocarril: «Ciego de Ávila».

Su compañero Masó también estiraba los músculos de su cuerpo, al mismo tiempo que recomponía los pliegues de su uniforme.

—Esto es Ciego de Ávila —dijo, confirmando algo obvio— ¡Vamos a trabajar!

Los dos hombres se apearon saltando al suelo sin usar el estribo. Varios soldados deambulaban alrededor del tren estirando las piernas en cortos paseos e inundando el silencio de la noche con sus gritos y bromas que les desahogaban de la pesadez del viaje.

La luna, muy blanca y brillante, permitía con su claridad observar los alrededores y descubrir la puerta de entrada al edificio. Esta daba directamente a una pequeña oficina, donde un empleado criollo se afanaba revolviendo unos papeles. Colgada del techo y sujeta por un alambre, alumbraba la habitación otra bombilla eléctrica. La luz que esparcía era insuficiente y el empleado del ferrocarril se ayudaba con un candil, colocado sobre la mesa.

—¿Puedo enviar un cable? —preguntó Masó.

—Por supuesto, capitán —contestó el hombre, reconociendo perfectamente la graduación de su interlocutor— ¿Le ayudo o desea hacerlo usted mismo?

—Lo haré yo, muchas gracias.

En un extremo del tablero se encontraba situada una pequeña máquina que el oficial manipuló con destreza.

—¡Ya está! —murmuró para sí mismo—. Ahora hemos de esperar.

—¿Crees que habrá alguien a estas horas para responder? —preguntó Martín.

—Lo hemos previsto —fue la contestación—. Yo me quedo aquí, pero tú puedes salir a dar un paseo.

Martín caminó hacia el exterior. Sin extrañeza comprobó que las puertas del coche del Capitán General estaban cerradas y que la escolta, situada en la pequeña plataforma de entrada al vagón, permanecía en su posición de guardia. La suficiente claridad de la noche le permitió ver cómo unos operarios manejaban una manguera de hojalata a través de la cual vertían agua en el depósito de la locomotora. El líquido lo extraían de un enorme aljibe, colocado sobre una plataforma de unos siete metros de altura.

Martín esparció su mirada alternando entre el cielo y la tierra. Las estrellas le parecieron las mismas que divisaba desde su país pero el suelo era diferente, con su tono verde, casi selvático, que despedía ese olor especial, denso y penetrante en los sentidos, hasta apoderarse de ellos como una droga. Reflexionando anduvo unos pasos alejándose del tren. Hacía

muy pocos días que se encontraba en Cuba y nunca hubiera sospechado que su vida cambiara tan radicalmente. De estudiante a militar espía aventurero en ultramar. ¡Menudo paso! Lo extraño es que le parecía normal el trueque de un pupitre en la facultad de derecho, por un uniforme y un revólver, el cual ya había disparado matando a un ser humano.

¡Qué lejos su pueblo de Castilla! Qué lejos aquellas tierras duras con las mismas estrellas que éstas pero heridas por profundos barrancos secos, y qué lejos aquellos ojos verdes de la chiquilla que vivía cerca de su casa, con la cual intercambié el primer beso de muchacho. ¿Por qué se acordaba de esto ahora? ¿Volvería algún día?

—¡Todo está listo! —le interrumpió la voz del capitán Masó, el cual avanzaba portando en sus manos unos papeles, los cuales agitaba en señal de confirmación a sus palabras.

No fue coincidencia que se abriera la puerta del vagón principal. Los soldados de la plataforma se colocaron en posición de firmes y el coronel Ximénez de Sandoval saltó a tierra. Masó, cambiando la trayectoria de su caminar, se dirigió hacia su superior y de forma respetuosa le entregó los documentos. Intercambiaron unas palabras en voz baja tras las cuales se saludaron militarmente. El coronel volvió hacia el interior del tren mientras guardaba los papeles en su guerrera.

Martín se acercó al capitán.

—Ellos han cumplido —dijo—. Ahora nos toca a nosotros...

A la misma hora del día siguiente, Martín fue despertado por un codazo de su compañero.

—Es el lugar. ¡Vamos!

Al levantarse de sus asientos comprobaron que el resto de los oficiales dormitaba. Procurando no hacer ruido abrieron la puerta trasera del furgón. El humo del carbón quemado, procedente de la locomotora, les manchó la piel. Una vez en la plataforma les fue fácil trasladarse al vagón contiguo apoyando los pies en los ensambles de hierro que los unía. El carruaje que pisaron en primer lugar estaba repleto de cañones y soldados durmiendo en grotescas posturas. No fue fácil sortearles.

Repitieron la operación hasta llegar al lugar donde el piquete de los cinco hombres, comandados por el sargento, se encontraban dispuestos para empezar la maniobra de desenganche.

—Le estábamos esperando, mi capitán —pronunció el suboficial—. ¡Cuando usted quiera!

—Calculo que dentro de unos minutos empezaremos a subir una pequeña cuesta y la velocidad del tren descenderá. Será el momento. Nuestros soldados estarán esperando a lo largo de la vía para descargar el material y, como ya le expliqué confidencialmente, no hemos encontrado método mejor para proveer a nuestras tropas de armas sin que se entere el enemigo.

—¿Tenemos que desenganchar también algún vagón de municiones? —siguió preguntando el sargento.

—No. La prioridad de nuestra brigada son los modernos fusiles. Como usted sabe, las balas de los antiguos también sirven para el máuser y de ellas tienen suficientes.

La velocidad del tren empezó a descender ligeramente y Martín pudo observar cómo a lo largo del trazado vial, se podían ver varios hombres ataviados con el uniforme del ejército español. Eran insurrectos disfrazados. El capitán pensaba en todo.

—¡Ahora! —ordenó Masó.

Los hombres se pusieron a trabajar con rapidez. Mientras uno empuñaba el martillo macho, otro, provisto de unas grandes tenazas, sujetaba la cabeza del bulón que inmediatamente fue golpeado por la parte inferior. Los otros tres desataban con rapidez las correas situadas cerca de los topes. El soldado provisto del martillo estaba realizando ejercicios circenses para desplazar su cuerpo hasta lograr una buena posición desde la cual descargar los golpes. Unos segundos antes de terminar la operación, todos ellos pasaron al vagón que continuaba bajo la tracción de la máquina. Un golpe más y las clavijas saltaron por los aires dejando libre al furgón que fuera de trabas se perdía poco a poco en la distancia.

—¡Misión cumplida! Gracias, señores. ¡Vamos!

Santiago de Cuba fue fundada en 1514 y capital de la isla hasta 1556, año en el cual se designa a San Cristóbal de la Habana como centro de distribución de la flota que partía hacia España con las riquezas del Nuevo Mundo. El terreno de la ciudad es quebrado, rodeado de hermosas montañas y regado por dos ríos de agua clara, casi cristalina.

Su fundador, Diego Velázquez de Cuéllar había arribado a la isla en el segundo viaje de Cristóbal Colón. Fue nombrado Gobernador de la ciudad hasta que murió en 1524.

Al entrar el tren en la estación los dos oficiales comprobaron que aquella se encontraba guardada por un gran contingente de tropas. Esperaban al Capitán General.

—Alejémonos de aquí, Martín. No tenemos mucho tiempo —sugirió Masó.

El carruaje que tomaron les condujo por la calle Diego Velázquez, cerca de la catedral, hasta desembocar en la Loma del Intendente, camino del puerto, el cual está situado en la orilla de una de esas ensenadas que se abren a través de arrecifes y comunica con el mar por un canal estrecho, de ciento sesenta metros. El estuario es hermoso y grande, capaz de albergar a toda la flota española.

A través de esta bahía entraron los primeros hombres de raza negra a la isla procedentes de La Española. También los franceses, trayendo consigo el café que durante varios años cultivaron en grandes plantaciones situadas alrededor de la ciudad.

—Ese debe ser el barco —dijo Masó señalando un vapor de mediana envergadura.

Después de dar instrucciones al cochero para que esperara hasta su regreso, continuó:

—Comprobaremos discretamente si su carga es la correcta y después partiremos hacia la *Cabaña de la Gran Piedra*, donde descansar hasta el nuevo encuentro con Calatrava.

—¿Cómo vas a averiguar eso de la carga? —preguntó Martín.

—Sin ningún tipo de problemas. El administrador del puerto es un oficial español amigo mío. Aguarda aquí unos instantes. Voy a hacer la gestión.

A su regreso, la cara sonriente de Masó indicaba que todo estaba en orden.

—Llévenos a la *Gran Piedra* —indicó al cochero y, dirigiéndose hacia Martín, aclaró—, el lugar está lejos, como a unas dos horas de camino, pero merece la pena que lo conozcas.

Saliendo de la capital hacia el noroeste, el auriga les condujo por un camino de tierra que afortunadamente carecía de grandes baches y el carruaje circulaba sin balanceos. A su alrededor se cernía una espesa vegetación con helechos de tres metros de altura, entre los cuales emergían enormes pinos despidiendo un aroma suave y agradable. El viaje transcurría sorteando vertientes y perpendiculares laderas donde crecían el ceibón, el protocán y la palma de la sierra en un conjunto de majestuoso verdor.

Estaban acercándose a los sistemas montañosos más altos de la isla.

La ancha vereda, siempre ascendente, al ser doblada en un recodo dejó ver a los visitantes el paraje denominado la *Gran Piedra*. Martín dio un silbido de admiración. Un enorme bloque de roca, de sesenta metros de largo por veinticinco de ancho, se erguía en el punto más culminante del sistema montañoso.

—Un poco más adelante —explicó Masó, adoptando el papel de guía— verás las grandes plantaciones de café que importaron los franceses.

El capitán continuó hablando con sonrisa alegre.

—Permíteme ilustrarte en algo. Cuenta la leyenda que en el continente africano vivía un pastor llamado Kaldi. Un día llevó a pastar sus ovejas a cierto lugar donde aquellas comieron el fruto de una mata que allí crecía. El pastor, poco tiempo después, las notó inquietas y agitadas. Llevado por la curiosidad probó de aquellos granos y al observar que estaban muy duros se le ocurrió hervirlos, logrando obtener así el primer café. Kaldi no tuvo sueño en muchas horas e intrigado por el suceso se lo contó a un viejo monje que se dormía durante las oraciones. Como con el café logró mantenerse despierto, pasó el secreto al resto de los monjes quienes lo esparcieron por el mundo.

—Yo creía que el café venía de Arabia, concretamente de Etiopía —apuntó Martín.

—¡Y que más da! —respondió el capitán—. La historia es bonita y lo cierto que los franceses introdujeron el café en estos territorios, empezando por La Martinica.

Pocos minutos después llegaron al hostel. Se trataba de una inmensa cabaña con muros de piedra y techo de madera, de una sola planta. En su interior, un amplio salón distribuía tres pasillos: izquierda, derecha y centro, a través de los cuales se accedía a las habitaciones. El hotel había sido habilitado por los franceses, quienes gustaban pasar allí los fines de semana jugando cartas y follando con mulatas, hasta que uno de ellos, posiblemente el más acaudalado, decidió comprar a los demás su parte en la propiedad. Tras hacer unas pequeñas reformas, lo convirtió en hotel.

Cumplidas las formalidades de registro, los dos hombres salieron al exterior para continuar admirando la naturaleza.

A sus pies, la falda de la ladera estaba poblada por ingente cantidad de árboles endémicos, aquellos que sólo crecen en Cuba y que constituyen el cincuenta por ciento de la masa vegetal del país. Los pinos caribeños, pino macho, pinos de moa, morelet o pinos hembra, eran especies llamativas, de belleza singular, productores de trementina que se estaba utilizando en la curación de ciertas dolencias reumáticas, desinfectantes y aromatizadores. Con su madera estaba forrado el techo de la cabaña. Sobre la cubierta del bosque, emergiendo como princesas aisladas, se podían ver las palmas que, en Cuba, forman parte inseparable del paisaje y se encuentran en todas las formaciones vegetales. Algunas de las palmas son barrigonas, semejantes a hembras muy delgadas con un vientre muy desarrollado y cabellera despeñada.

Situada a unos cincuenta metros a la izquierda del hotel, los dos hombres descubrieron una escalera tallada sobre la *Gran Piedra*.

—Los expertos calculan que esta roca pesa cerca de cien mil toneladas y esa escalera conduce hacia la cima —continuó Masó en su función de guía—. No te incito a subir

porque ambos estamos cansados. La dichosa escalera tiene cuatrocientos cincuenta y dos peldaños.

—¿Mañana? —preguntó Martín.

—Sí. Mañana lo haremos.

La mañana amaneció torrencialmente lluviosa. El agua caía a raudales sobre la vegetación que se vencía por el peso del líquido incrementando el olor de las plantas en la atmósfera. En Cuba los meses secos son desde diciembre a abril y muy húmedos desde mayo a noviembre.

Los dos oficiales se levantaron tarde y después de un copioso desayuno en una pequeña sala que el hotel había habilitado como comedor, pasaron la mañana jugando a las cartas. Mucha experiencia tenía Martín con los naipes en la mano, adquirida durante sus tiempos de estudiante, pero Masó era infranqueable. Una y otra vez ganaba todas las rondas a la brisca.

—Espero que Calatrava llegue a última hora de esta tarde. Aproximadamente a la misma que tú y yo llegamos ayer —pronunció el capitán pensando en voz alta—. Volveremos con él a Santiago de Cuba para ultimar la operación de los cartuchos e introducir tu identidad en la cuenta bancaria.

Martín no contestó. Estaba concentrado en la manera de cómo ganar a su adversario en el juego, aunque sólo fuera una vez.

—¡Qué malo eres! ¡No tienes ni puta idea en esto de la brisca! —dijo Masó tirando las cartas sobre la mesa—. Lo mejor es que vayamos a almorzar.

Se levantó del sillón en seguimiento de Horacio que encaminaba sus pasos hacia el comedor. Martín sentía el estómago lleno por el desayuno pero optó por acatar los deseos de su amigo. Solamente ellos dos eran los ocupantes del saloncito.

La mesa ante la cual se sentaron estaba cubierta por un fino mantel de hilo. Los cuchillos y tenedores, fabricados de fina alpaca, despedían destellos ante la luz entrante por la amplia ventana. Mirando a través de sus cristales se podía ver el inicio de la escalinata que subía hasta la cima de la Gran Piedra, la cual, como si fuera un canal, encauzaba un río de agua desparramándola por la ladera.

—Espero que deje de llover, porque si no... Calatrava se ahogará en el camino. ¡Aunque no perdería gran cosa la Humanidad, por ello! —rió para sí mismo.

Dos criollos muy limpios e impecablemente vestidos con pantalón y blusa de algodón blanco les sirvieron la comida. El primer plato se trataba de un puré de papas caribeño, del cual Martín tomó una cucharada y se la llevó con desgana a la boca. Después de saborearlo frunció los labios con delectación. Estaba francamente delicioso. Tardó en despa-charlo apenas dos minutos.

Uno de los servidores sonrió complacido.

—¿Les puedo ya servir el segundo plato, señores?

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Les sugiero lengua asada a la criolla

Ante el asentimiento de sus clientes caminó hacia la cocina apareciendo instantes después con dos escudillas, una en cada mano, que depositó sobre la mesa. Se retiró sin pronunciar palabra. Un gran tasajo de lengua de vaca cortado en lascas reposaba en cada recipiente. Al probarlo, los dos hombres gruñeron de satisfacción.

—¡Oiga, mozo! —alzó la voz Masó— ¿Es usted el cocinero?

—¡Oh no, señor! Es un compañero que está allá, dentro —respondió.

—¿Puede llamarle? —continuó.

—Por supuesto, señor. ¡Un momentito!

Parecía haber estado escuchando la conversación porque, sin aviso, un hombrecillo que no mediría más de un metro sesenta centímetros se acercaba solícito a la mesa.

—Para servirles, señores; soy el cocinero —dijo mostrando unos immaculados dientes blancos a través de su amplia sonrisa.

—¡Enhorabuena por su arte! Le ruego que no le parezca extraño pero, ¿me podría usted dar la receta de este plato?

—Será un honor para mí complacerle, señor. Primero se lo explicaré verbalmente y, más tarde, la tendrá usted por escrito. Como ya les ha dicho el mozo, llamamos a este plato *lengua criolla*. Lo primero que hay que hacer es lavarla muy bien y hervirla durante unos minutos para que se retire fácilmente el pellejo que la cubre. Pínchela por todas partes con un cuchillo de hoja estrecha y después échele sal, unos dientes de ajo machacado, cebolla picada, zumo de limón y pimienta. Luego se cortan unos trozos de chorizo y jamón, introduciéndolos en el interior. Deposite en una cacerola manteca y fría la lengua con todos los ingredientes anteriores. Agregue dos cucharones de caldo y uno de agua para cocinarlo a fuego lento hasta que se evapore el líquido. Dórela sin destruir las rodajas de zanahoria. Después se corta en lascas cubriéndola por encima con perejil picadito.

—Cuando vuelva a mi país, llevaré esta receta conmigo. Le estoy muy agradecido —pronunció Masó, dando por terminadas las informaciones sobre el plato.

El cocinero, haciendo una ligera inclinación de cabeza, se retiró hacia sus dominios.

—¿Desean algo más, señores? —preguntó el mozo.

—Café y una copa de ron. ¿Supongo que te apetece lo mismo? —pregunto Masó a Martín—. Este último, sin contestar verbalmente, asintió con un gesto de cabeza.

—Martín... ¿qué sabes del ron?

Al observar el silencio por respuesta continuó

—Te juro que es la última vez que te enseñe cosas de la isla, pero como tenemos mucho tiempo por delante hasta que venga Calatrava y juegas tan mal a la brisca, no merece la pena volver a las cartas. Hablaré del ron. Se dice que empezó a fabricarse en Las Antillas, allá por el siglo XVII, pero se ha demostrado que fue en Jamaica. Aquí en Cuba, a un fabricante catalán llamado Facundo Bacardí y Mazó, a mediados de este siglo, se le ocurrió conservar el licor en barricas de roble. Esto supuso una auténtica revolución, porque

fue el primer ron ligero añejado en esa clase de madera. La fórmula de fabricación siempre se ha mantenido secreta.

Asentando sus palabras, tomó con una mano la copa de ron que el mozo había dispuesto y se la bebió de un trago.

—¡Salud, amigo! —remachó.

En Cuba anochece y amanece muy temprano, en comparación con las latitudes europeas, siendo la franja horaria del día prácticamente igual que la de la noche. Doce horas brilla el sol y doce horas lucen la luna o las tinieblas, provocadas por las nubes que pudieran cubrir el terreno.

Calatrava, aunque el reloj marcaba las siete y media, apareció en el hotel, cercado el monte por la oscuridad que imponía la lluvia, la cual no cesaba desde hacia varias horas. Vestía una capa ligera de lino negro sobre una chaqueta perfectamente cortada que se adaptaba a su cuerpo. Sombrero de copa y camisa impolutamente blanca, adornada con un lazo de pajarita. Pantalones oscuros.

El carruaje donde había efectuado el trayecto era un modelo victoria perfectamente cerrado a la intemperie y tirado por dos potentes caballos enjaezados a la española. Su propiedad le había costado una fortuna que, según presumía, soportaba con cierta facilidad. En la puerta del hotel sacudió sus ropas para desprender las gotas de lluvia. Penetró en el interior. El sempiterno cigarro era sostenido por su mano derecha. Humeaba. Considerando haber limpiado el agua de su vestimenta dio una profunda chupada al habano. El olor a madera quemada inundó el hall.

A través de la fumarada divisó a los dos hombres, quienes sentados en un diván parecían esperar su arribo. Directamente avanzó hacia ellos, espantando con una mano la cortina que formaba el humo producido por sus inhalaciones.

—Aunque ya le conoces de vista —comenzó Masó, dirigiéndose a Martín— te presento formalmente al señor Calatrava, uno de nuestros principales socios. El capitán Niebla —aclaró rápidamente— es mi principal colaborador en todos los asuntos.

—Es un placer conocerle, capitán —musitó Calatrava alargando hacia Martín una mano corta y gruesa.

Continuó hablando dirigiéndose a Masó.

—Estoy enterado de que ayer estuvo usted en el puerto confirmando el embarque del azúcar. ¡Muy listo! Me parece bien.

—Estoy seguro de que usted habría hecho lo mismo. Nosotros tenemos los cartuchos preparados para la entrega y, simplemente, quería saber que todo estaba en orden. Hay que comprobar todos los detalles en esta clase de negocios.

—¡Bien, amigo! Usted intuye que yo pertenezco a una gran organización que no se conforma con comprar armas y luego venderlas al mejor precio. Pretendemos negocios de mayor envergadura. No he venido a hablar del asunto de los fusiles ni de los

cartuchos, el cual está prácticamente finalizado. Hay otras cosas más importantes. ¿Cuándo puedo hacerlo?

—Inmediatamente. Vamos a mi habitación si le parece...

—Capitán, espero no molestarle, pero preferiría que la charla fuera entre usted y yo, a solas.

Martín y Masó intercambiaron una rápida mirada de entendimiento.

—Como usted guste —concedió este último.